

DURO CONTRA EL MURO

*"Hay cosas encerradas dentro de los muros
que si salieran de pronto a la calle y gritaran,
llenarían el mundo."*

Federico García Lorca

Por Nadia Raquel Bernal Díaz

La espera es paciente en Villa Mayor la Antigua. La gente no quiere ser vulnerable ante lo que desespera; solo se cobijan con el cielo claro oscuro al que ya están acostumbrados. El barrio y ese ser que habita entre ellos, un muro que los rodea en una inmensidad métrica que logra resguardarlos, crecieron juntos como todo ciclo vital lo hace. El primer vendedor del barrio y su rústica tienda, los que habitaron las primeras casas construidas, el niño ahora hombre que recuerda al muro como lo primero que vio aquella tarde que llegó a su nuevo hogar; los vecinos que organizaron fiestas y rifas para terminar de armar ese esqueleto de cemento que luego sería una armadura...Todos tienen que ver algo con el muro, un lazo impalpable los unió él, y aunque él no habla, pero sus padres e hijos han hablado por él durante los últimos 27 años...

Ahora habrá que contar el cuento sobre el muro ("*érase una vez un muro*"), quizá con nostalgia, pues ya muchos lo hacen al saber que será tumbado, que su raíz será arrancada para darle paso a la modernidad. Entre los proyectos del Plan de Ordenamiento Territorial se quiere construir un parque en lo que antes se conocían como las fosas comunes del Cementerio Central, justamente rozando a Villa Mayor, en cuya frontera levanta el muro. Allí permanece por ahora quieto, como un inerte escudo que palpita con las almas que rondan a su alrededor. Su presencia imponente malgastada por el tiempo y la pintura escarapelada, hace compañía en las largas horas de la tarde sureña cuando los niños salen a los parques y cuando los más grandes salen a esconderse en sus frías paredes.

Talleres de crónicas barriales

Ese muro que rodea a esta "Villa", un barrio en el sur de la ciudad cuyos contornos siempre han estado divididos por el particular "fuerte", que no tiene nada que envidiarle al de un pelotón militar, creció con los primeros que llegaron a urbanizar el terreno que era un pantano sembrado de cruces blancas y pozos tan tenebrosos como la oscuridad misma. En una tierra fértil que a la vez estaba llena de muerte, junto a Villa Mayor llegaban los que no tuvieron un final feliz ni una despedida: un cementerio en el que los sin nombre y sin vida (más conocidos como N.N) arribaban a su lugar de descanso eterno: las fosas comunes del sur; pero a sus pies otra vida comenzó a edificarse hace 27 años: la vida urbana que cambiaría esos charcos por parques y ladrillo blanco por casas que darían la bienvenida a otro barrio de la capital.

"Aquí hay fantasmas, y por la noche van hasta su cama y le jalan las patas...", recuerdan los ahora muchachos o nuevos padres de familia que llegaron siendo unos niños temerosos a las leyendas de almas en pena y fantasmas de la oscuridad que salían del muro en la noche. Pedro corría cada vez que llegaba del colegio a la casa, pues vivía junto al muro y, por lo tanto, junto al cementerio. De la esquina hasta su puerta, era una persecución que no permitía mirar hacia los lados, aunque se sentía observado por lo que se encontraba detrás de ese muro. Hoy no le teme llegar en las altas horas de la noche, tal vez "ellos" le hacen compañía hasta la puerta. *"Algo se movió por allá, era una sombra toda rara..."*, era el rumor que corría tras una abertura mal techa del muro que nos dejaba distinguir las cruces tumbadas por el tiempo u el olvido.

Partidas por la mitad, tapizaban junto con el pasto mal cortado las fosas comunes que con el correr de los años se fueron vaciando por orden del Distrito. Despacio pero cegados por la fortaleza de la curiosidad, los más pequeños se acercaban a un muro tan común y corriente para algunos, pero tan misterioso para sus pequeños corazones. Tras la oscuridad que lo vestía a falta de iluminación pública en varias partes del barrio, sus delgadas paredes escondían secretos de los que sólo los árboles de eucalipto eran cómplices: jugar al beso robado, rayar con graffitis sus paredes en improvisadas maniobras artísticas y hablar con los muertos en medio de

Talleres de crónicas barriales

la noche para retar a los que estaban al otro lado de esa lámina de concreto; montar hasta la cima de los gruesos troncos para lograr ver desde lo alto las cruces y esperar ver algo más curioso que saciara la morbosidad inocente. Los niños pegaban sus oídos para escuchar a los fantasmas de las historias que los hermanos mayores les contaban; era el lugar preferido para las escondidas, pues muy pocos eran los valientes que se atrevían a ir hasta ese muro: era preferible salir ponchado y tener que contar otra vez hasta 100...

El terror y el miedo a aquella fantasmal atmósfera, se mitigaba tras la búsqueda de seres del "más allá" con los que no hay que meterse, según Bárbara, una vendedora de velas, escapularios y demás objetos de creencia católica con los que cada lunes un puñado de creyentes se aferra para ir a rezarle a las almas en pena de las fosas. En 48 años y desde el guacal en el que la traía su madre mientras producía el negocio que años después sería suyo, Bárbara ha cuidado a la luz de las 10 velitas de 500 pesos a las almas que un día se metieron con ella al no cumplirles una novena que les prometió, y con "jalada de patas" incluida. Ella se ubica en la avenida 27 (más conocida por los letreros de los buses y los viajeros hacia el sur como Matatigres), dándole la espalda al camposanto, mientras espera que los visitantes semanales lleguen por un "paquetico" de velas que, recuerda, su mamá comenzó vendiendo a un centavo. Las casualidades de la vida o más bien, la malcriadez de su hermano que un día se escapó de la casa y resultó en la fábrica de las velas que su progenitora y hermana comenzarían a vender, trajeron a estas dos mujeres por esos lares. ¿Miedo?, ese no se le aparece a Bárbara durante las 12 horas continuas que se queda allí, hasta las diez de la noche, frente a lo que queda de este cementerio N.N: sus muertos sin identidad han sido desterrados durante los últimos años para construir el parque que convocaría más almas de las que antes descansaban. El último rincón de nuestra monumental capital sirve para este fin, y encontraron ese rincón perfecto en Villa Mayor, barrio que hace parte de Las Villas modernas acordes al desarrollo urbano que Luis Carlos Sarmiento (creador de el proyecto con el mismo nombre y que en 1972 compró 120 fanegadas al sur de Bogotá para urbanizarlo) algún día soñó tener cuando comenzó a edificar a Villa Mayor y varios de sus barrios primos hermanos.

Adiós al muro guardián

¿Tumbar el muro? ¿Acaso era una opción para el proyecto que alentaba a grandes empresarios y pondría en pánico a los habitantes de Villa Mayor? No, no lo era, menos para los que con sus propias manos alcanzaron a traer el ladrillo casero hecho en las ladrilleras del barrio en sus inicios, para así poder hacerlo crecer en altura y cerrar aún más lo que ya era un barrio aparte, diferente de otros llenos del comercio y la algarabía de la novedad.

Ruth, o 'La niña Ruth', como secreta y cariñosamente algunos la apodan, miraba desde la ventana de su casa (de las primeras que existían en el barrio) los desfiles de carruajes sacados de un cuento que es tan bien explicado por los Hermanos Grimm, y que llevaban a costas el ataúd de uno "nuevo" que llegaba a la provincia del descanso eterno, lugar que en un comienzo y antes de ser lugar de los N.N, era un cementerio de niños. El muro era la un poco más de la mitad de lo que ahora es, su altura no sobrepasaba ni aguantaba la violación de una escalera ni el ojo fisgón de los vecinos que alcanzaban a ver todo lo que en el cementerio ocurría. Ruth disfrutaba viendo los trajes elegantes, los caballos que ella cuenta haber visto presentarse con las crines mejor peinadas que la del cabellos de cualquier niña en el primer día de colegio; pero el miedo y la impresión colectiva de tener tan cerca a aquellos difuntos, llevó a los primeros vecinos a montar otra parte del muro en la labor que Sarmiento había realizado. Con rifas, bazares y fiestas populares en esas tierras apenas habitadas conseguían los pocos pesos para levantar el muro. En muchos de sus rostros se reflejan los recuerdos de los primeros viajes de arena y cemento que compraron para construir los pequeños fragmentos del muro que hoy es su mayor resguardo ante el mundo moderno y peligroso de afuera.

Él es el policía en el que confían, la garantía de protección del peligroso e intranquilo ambiente que corre por las vías aledañas. Un puñado de los casi 5.000 habitantes que viven, literalmente, junto a las paredes del amarillento muro, señalan su importancia para que Villa Mayor la Antigua sea el lugar habitable que es y la envidia de otros que lo conocen por primera vez. Los que han sido sus hijos por naturaleza, ya son parte legendaria del barrio. Casualmente, las primeras casas que

Talleres de crónicas barriales

allí se construyeron fueron las más cercanas al muro, sin importar cuentos y mitos de brujas en forma de avestruz que algunos aseguran haber visto, quienes las compraron no encontraron problema alguno en la inseguridad que el horizonte vacío y en obra negra les presentaba.

Algunos lo llaman "el Muro de Berlín", muchos conocedores de la referencia histórica, otros, porque quieren creer en la legendaria historia que se ha forjado tras su existencia. Hasta los incrédulos sienten en el muro la protección de un titán, aunque de manera más disimulada y orgullosa. Dicen que *"para el pícaro no hay paredes"* o que *"hay que temerle más a los vivos que a los muertos!!"*, como lo vocifera "Don" Pinzón desde su pequeña tienda, la primera del barrio.

Estantes armados con las cestas de gaseosa Colombiana se convirtieron en los primeros mostradores que salvaguardaron la comida y bebidas. El potrero del frente era el artesanal escenario donde varios se sentaban a tomar canastas de cervezas que no daban abasto a las sedientas gargantas...siempre tenían la sentida excusa para "echarse una polita". Pinzón iba hasta la Autopista Sur (la principal vía de Villa Mayor) en un camino que ni los mismos surtidores se atravesaban a cruzar. Allá llegaba dispuesto a cargar al hombro kilos de leche o gaseosas acurrucados en las cestas; después cruzaba nuevamente su ruta hasta arribar a su pequeño mercado persa con los víveres de los que impacientes que reclamaban y lo obligaban a repetir el viaje. 'Donde Pinzón' quedó bautizada durante algún tiempo la tienda. Según su dueño, sus viejos clientes van casualmente y se sientan un rato en las sillas hechas con troncos de árboles. Los mismos de siempre o los que no volvieron nunca, tienen ahora más opciones en un barrio que está circundado por grandes cadenas de supermercados; de ahí que la reflexión de Pinzón sea más larga y filosófica cuando piensa en el nuevo parque, en el derribamiento del muro y en el centro comercial más grande del país que se piensa construir para el 2010, a tan solo unas cuerdas de su vieja tienda.

La masa amorfa de modernidad y la poca tranquilidad que existe en casi todo el perímetro urbano de nuestra ciudad, es para muchos de los habitantes de Villa Mayor el más razonable motivo para quedarse aislados. El encierro que el muro da,

Talleres de crónicas barriales

a pesar de los recovecos que más adelante terminaron las manos autóctonas de ésta Villa, era lo que los atraía. Elisa, quien llegó tres años después de la fundación del barrio emblemático del sur, vio crecer a sus hijos en el rincón que las paredes del muro y los pinos olorosos formaban para su tranquilidad. Jugar en los árboles con casas de madera tan resistentes como el papel seda, torneos de fútbol que para algunos finalizaban al terminar la tarde y escuchar la orden militar de *“para dentro ya!”*; son los recuerdos de casi tres décadas en su cómodo hogar.

Algunos han ido y venido, otros se han quedado para ver con incertidumbre el futuro no lejano e inminente que dejará al muro hecho piedras y escombros y por primera vez los empujará a salir del barrio. Víctor Julio, otro al que con cariño le apadrinaron el “Don”, por el que la mayoría lo llama, cuida uno de los conjuntos más grandes que tiene el barrio: la bautizada ‘Unidad 77’ (en razón de las casas que allí se encierran). El primero de junio de 1983 llegó a la caseta que en ese entonces era simplemente un un refugio. Hecha con latas mal acomodadas, era el sitio desde el que Víctor Julio cuidaba las residencias. Sus caminatas por todos los rincones de la urbanización se extendían hasta la madrugada y le obligaban a devolverse una vez que el muro comenzaba, o más bien, hacía que terminara la extensión del conjunto. No recuerda haber pasado algún trago amargo con las historias de miedo que se esconden detrás del muro, sin embargo, sabe que *“de que hay brujas, las hay”*, por lo que deduce que tras la construcción del parque, la brujería y el tipo de ritos maliciosos que hacen los vivos y que con la muerte se juegan podrían eliminarse. Aún así, tras reuniones comunales y horas pensativas, sabe que una vez se tumbe el muro, su labor de 24 años podría acabarse, pues la portería se quitará y la calle encerrada de cuyas cuadras era carcelero, quedará abierta al nuevo público. Su mirada nostálgica lo dicen todo cuando cuenta lo que significa para él Villa Mayor: *“El lugar donde Dios me ha colocado para servir, bendicidlo con lo que me ha dado, porque el barrio me ha dado una casa, una comida, mis cosas. Un lugar donde he dejado media vida”*.

Muchos como Víctor Julio tendrán que acostumbrarse a un nuevo estilo de vida cuando llegue el parque que servirá de punto de encuentro a 25 barrios de la localidad.

Talleres de crónicas barriales

Habitando en una casa a la que llegó por casualidad, Carlos Jaime vio crecer a sus dos hijos que nacieron en la vivienda que ocupan desde 1980. Para él, no tendría sentido seguir viviendo en Villa Mayor si todo va cambiar y si el muro que lo acompaña noche tras noche a tan solo unos pasos de su ventana, no va a estar más ahí. Los sentimentalismos no existen para Carlos, todo se remite a la seguridad que el muro les ha dado durante tanto tiempo, seguridad que ni una perra criolla logró ofrecerles muchos años atrás cuando cuidaba los huecos del muro en obra negra. Envenenada por ladrones de paso, la encontraron muerta una mañana en la que decidieron tapar cualquier hueco que dejara entrar a los amigos de lo ajeno. No es un hombre apegado a las cosas materiales, no es católico ni tiene mitos sobre la muerte. Al vivir al lado del cementerio ha visto crecer a generaciones que jugaron cerca de su jardín y que hoy ya tienen sus propias familias.

Las metáforas de Calvino en "Aglaura" —la ciudad ideal hecha por habitantes que la imaginaban de tal forma que llegaban a creer en su existencia—, hoy son realidades para muchos habitantes de Villa. Mientras "Aglaura", la perrita Schnauzer de Carlos Jaime se recuesta en su regazo observándome con aquella mirada sobreprotectora que los canes de su raza suelen tener, él me cuenta el por qué del peculiar nombre de su amiga: en homenaje a ese espacio que muchos armaron en su mente o con unos cuantos pesos para comprar arena y cemento y levantar el muro protector.